

íntimamente unido á todo lo más ilustre de la literatura de su tiempo; á La Fontaine y Molière, célebres ya; á Racine de quien se hizo el guía y el consejero. Frecuenta las mejores sociedades, la de M. de La Rochefoucault, la de madama de La Fayette y madama Sévigné. Conoce á los Lamoignon, á los Vivonne, á los Pomponne, y en todas partes se invoca su autoridad en las cuestiones de gusto. Presentado en la corte en 1669 es nombrado historiógrafo en 1677. En esta última fecha, publicadas ya casi todas sus sátiras y sus epístolas, su *Arte poética* y los cuatro primeros cantos del *Facistol*, había llegado al apogeo de su reputación (1).

Boileau tenía cuarenta y un años cuando fué nombrado historiógrafo; se puede decir que entonces tuvo término su carrera literaria. En efecto, en los quince años siguientes, hasta 1693, no publicó más que los dos últimos cantos del *Facistol*, y hasta el fin de su vida (1711), esto es, en diez y ocho años, no hizo otra cosa que la *Sátira sobre las mujeres*, la *Oda á Namur*, las epístolas *á sus versos*, *á Antonio* y *sobre el Amor de Dios*; por último, las sátiras *sobre el Hombre* y *sobre el Equívoco*. Busquemos en la vida privada de Boileau la explicación de estas irregularidades y deduzcamos algunas consecuencias.

En la época de su creciente fama Boileau seguía viviendo en casa de su hermano el escribano Jerónimo. Aquella vida no era agradable al poeta, pues la mujer de su hermano era áspera y regañona; pero las distracciones de la sociedad libraban á Boileau de los continuos disgustos que turbaban la tranquilidad de la familia. En 1679, á la muerte de Jerónimo, se fué á vivir con su sobrino Dongois que también pertenecía á la curia; pero poco después, habiendo hecho en carroza las campañas de Flándes y Alsacia, pudo comprar una casita en Auteuil, gracias á las liberalidades del monarca reinante, en cuya casita se instaló en 1687.

Su salud que siempre fué delicada se resintió de nuevo; se le apagó la voz y fué acometido de una sordera que le privaba de asistir á la corte y á toda sociedad.

(1) El *Facistol* (*le Lutrin*) es un poema cómico-heroico, cuyo argumento se reduce á una disputa entre canónigos acerca del sitio que debe ocupar el *facistol*. Los hombres suelen acalorarse por las más insignificantes bagatelas. En el canto I se encuentra el verso de Boileau que se ha citado tantas veces:

¿Tanta hiel cabe en alma de devoto?

N. del T.

Vivia pues retirado en su casita de Auteuil, y siguiéndole en su soledad, es como mejor se aprende á conocerle. Observando lo que hizo ó lo que no hizo durante treinta años poco más ó menos, entregado á sí mismo, en medio de una campiña risueña, y débil de cuerpo pero sano de espíritu, se puede juzgar con más cabal certeza de sus producciones y determinar los límites de sus facultades.

¿Lo diremos? ¡Cosa extraña! Durante su larga permanencia en el campo solitario, sujeto á enfermedades del cuerpo que dejando libre el alma la disponen á la tristeza y la melancolía, no hay una palabra en las conversaciones del poeta, ni una línea en sus cartas, ni una estrofa en sus versos, que revelen una emoción de ternura ni un sentimiento sencillo y verdadero de la naturaleza ó de los campos. No, para provocar en nosotros mismos una viva y profunda inteligencia de las cosas naturales, no es indispensable irse muy lejos, atravesar los mares, recorrer los países predilectos de la luz, Venecia, Nápoles, Granada, Lima. Ved como Horacio se conforma y sueña en su pequeño campo; ved á La Fontaine pasando largas horas debajo de una encina y comprendiendo maravillosamente los bosques y las aguas, los prados y el tomillo. Y el buen Ducis, que también vivió en Auteuil, pinta admirablemente sus plácidas campiñas. « He andado una legua esta mañana, escribe á un amigo suyo, y en sembrados y en baldíos he visto flores que cantan. » En Boileau no hay nada de esto. ¿Qué hizo pues en Auteuil? Cuidar de su salud; hablar con sus amigos Rapin, Bourdaloue, Bouhours; jugar á los bolos; murmurar de la corte, de la Academia, del abate Cotin ó de Perrault.

Pero digamos en alabanza del hombre, cuyo talento juzgamos con la atención más severa, que fué sensible á la amistad cual pocos. En una carta dirigida en 1695 á M. de Maucroix, con motivo de la muerte de La Fontaine, se lee el siguiente pasaje, tal vez el único tierno que hay en la correspondencia de Boileau:

« Paréceme, señor, que esta va siendo larga; ¿Y qué? Mis ocios de Auteuil me han transportado á Reims donde me imaginaba veros en el jardín rodeado de los amigos queridos que han desaparecido *velut somnium surgentis*. »

Á las enfermedades hijas de la edad se unían los sinsabores de un proceso y el sentimiento de los males públicos. Boileau no puso los

piés en Versálles despues de la muerte de Racine. Juzgaba tristemente las cosas y los hombres y aún en materia de gusto le parecía tan rápida la decadencia que echaba de ménos los tiempos de los Pradon y de los Bonnecorse. Lo que cuesta trabajo concebir es que en sus últimos días vendiera su casa de Auteuil para morir en 1711 en casa de su confesor el canónigo Lenoir. La piedad entró sin duda por mucho en esta resolucíon; pero también entró la economía, pues Boileau no despreciaba el dinero. La vejez del poeta no fué ménos triste que la del monarca.

Basta lo dicho para que se comprenda nuestra opinión sobre Boileau. No es un poeta, si se reserva este título á los séres dotados de alma y de imaginación. Su *Facistol*, sin embargo, revela un talento capaz de inventiva y de notable belleza en los detalles. Boileau, á nuestro juicio, es un talento sensato, fino, mordaz, pero poco fecundo; buen escritor en verso; religioso observador del verdadero gusto y oráculo de la corte y de las letras del tiempo en que vivió. Su literatura y su poética están maravillosamente de acuerdo con la religión, la filosofía, la economía política, la estrategia y todas las artes de su tiempo: mezcla de sentido recto y de insuficiencia, de miras justas aunque de poco alcance.

Boileau reformó los versos, como Colbert la Hacienda, como Pussort el Código, con ideas de detalle. Brossette le comparaba á Domat que restauró la razón en la jurisprudencia. Racine le escribió desde el campamento de Namur: «Nuestros atrincheramientos son prodigiosos, abrazando á la vez montañas y cañadas con una infinidad de vueltas y revueltas como las calles de París.» Boileau respondió de Auteuil, hablando de la Sátira de las mujeres que le ocupaba entonces: «Es una obra que me mata por la multitud de transiciones que son en mi sentir el más difícil trabajo de la poesía.» Boileau hacía versos á lo Vauban; las transiciones equivalen á las circunvalaciones. Su epístola sobre el paso del Rhin es enteramente un cuadro de Van der Meulen. Se ha llamado á Boileau el jansenista de nuestra poesía; *jansenista* es demasiado fuerte; *galicano* sería más verdadero. En efecto, la teoría poética de Boileau se asemeja bastante á la teoría religiosa de los obispos franceses de 1682; buena en la aplicación, pero no consecuente en los principios.

En la querrela de los antiguos y los modernos y en la polémica con Perrault es donde mejor se ve la insuficiencia de la lógica del buen sentido. Perrault criticaba á las palabras bajas que leía en Homero porque, según Boileau, *las palabras bajas son marcas de vergüenza que manchan la expresion*. Boileau no se dió por satisfecho con la invocación de su propia autoridad y salió á la defensa de Homero negando que sus palabras fueran viles. Racine leyó en Dionisio de Halicarnaso la cita de la *Odisea* de que los perros á la llegada de Telémaco no ladraban, pero meneaban la cola (cita hecha para probar que la belleza del estilo consiste principalmente en la combinación y no en la elección de las palabras); comunicó Racine esta observación á Boileau, añadiendo: «Pienso que en vez de decir que la palabra *asno* es muy noble en griego, debéis contentaros con decir que nada tiene de baja, siendo igual á las palabras ciervo, caballo, oveja y otras; eso de *muy noble* me parece demasiado fuerte.» Á tal altura estaban aquellos grandes hombres en cuestión de teoría y crítica literaria.

Pasando de la teoría poética de Boileau á la aplicación que de ella hace escribiendo, diremos que su estilo es en efecto sensato, elegante, grave y sostenido; pero con frecuencia llegan, su gravedad hasta la pesadez, su elegancia hasta el amaneramiento, su buen sentido hasta la vulgaridad. Boileau fué de los primeros que introdujeron en la verificación la manía de la perífrasis que llegó en Delille á lo grotesco. De todas maneras, rendimos homenaje á las descripciones artísticamente hechas, á la burla templada, á la mordacidad sin hiel que se encuentran en las buenas páginas de Boileau; pero preferimos el estilo de Regnier ó de Molière.

Se nos dirá que no eran precisas tantas vueltas para emitir una opinión tan poco nueva y de la que muchos participan, á lo que contestaremos que no hemos pretendido inventar nada; que sólo hemos querido renovar en nuestro espíritu las ideas que despierta el nombre de Boileau; ponerle en su lugar, en su siglo, con sus méritos y sus imperfecciones, volviendo á estudiar sin preocupaciones, á la vez de cerca y á distancia, al correcto, al elegante, al ingenioso redactor de un código poético.